

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID.—Por un mes, 7 rs., por tres id. 20, por seis idem 38, y por un año 70.
PROVINCIAS.—Por un mes, 8 rs., tres idem 22, seis idem 40, y un año 76.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



UN REGALO CADA MES A LOS SUSCRITORAS.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO.—Seis meses, 80 rs. y un año 150.
AMÉRICA.—Seis meses 90 rs., y un año 170.
FILIPINAS.—Seis meses 100 rs., y un año 180.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

EL COLOR DE NUESTRA BANDERA.

Una nueva época se inaugura para El CASCABEL, y con esta van cinco, porque habéis de saber que El CASCABEL ha tenido sus épocas como la historia.

Épocas que no se parecen en nada á las de otros periódicos, *El Leon Español*, pongo por caso, que ha tenido ya cuatro épocas, cada una de las cuales ha durado lo que el ministerio de su devoción.

Cada vez que sube Narvaez sube *El Leon*; baja Narvaez y *El Leon* baja también.

De manera que Narvaez y *El Leon* son compañeros de glorias y fatigas; se defienden, se compensan, son complemento el uno del otro, el astro y su luz, el cometa y su cola.

Y á propósito de colas:

Las colas han sido siempre una calamidad.

Las colas de los vestidos de las mujeres, son una plaga para todo el mundo; plaga bien cara para el bolsillo de sus padres ó maridos.

De la cola que traen los periódicos ministeriales de mucho tiempo á esta parte, hemos dicho lo bastante.

Ni de lo mucho que abundan entre los cabe-cillas de una nación, los arrimados á la cola.

Pues ¿y las colas de los cigarros? Sabed, lectores, ya que ahora corren los tiempos de las economías, que calculando que cada fumador pierde la tercera parte del tabaco entre lo que desperdicia y lo que tira, y suponiendo que de diez y seis millones de españoles solo fuma la dieziseisava parte, á tres reales diarios uno con otro, que es bien poco, resulta que se tiran diariamente en colillas de cigarros, un millón de reales.

Recomendamos al Gobierno lo de las colillas. Mas concluido este ligero incidente, volvamos á nuestro objeto.

Decíamos que El CASCABEL entra en su quinta época.

En la primera presentóse á llenar un vacío que se dejaba sentir, como diría alguno.

Su segunda época tuvo lugar cuando, al cumplir el primer año, declarándose á sí mismo mayor de edad, se hizo mayorcito y se mudó de cabeza.

¡Así pudiera mudárseles á muchos hombres públicos!

Su tercera época, que pudiéramos llamar del renacimiento, tuvo principio cuando á fuer de buen español, y por no perder la costumbre, se metió á político.

Así como así, en un país donde la política se mama con la leche, y en el cual hombres y mujeres, ancianos y niños, todos saben algo de política, era imposible que El CASCABEL renegase de los suyos, por aquello de que quien á los suyos parece honra merece, y no pudo oponerse á

su fatal destino, que le arrastraba á la política. *Cuarta época.* El CASCABEL, ansioso de más vida, se lanza por esos mundos de Dios dos veces á la semana.

Quinta época. El CASCABEL se decide á hacer una visita diaria á sus favorecedores, porque otros lo han hecho antes que él, sin que hubiesen tanta intimidación, tanta franqueza, tantas pruebas de afecto como las que El CASCABEL tiene de sus numerosos lectores.

Tales son nuestros antecedentes, y tal es nuestra historia, como diría uno de esos periódicos retumbantes.

Nosotros deploramos los extravíos de todos, y á todos los quisiéramos unidos para vivir todos en unión y concordia, sin dimes y diretes, sin tirarnos á lo mejor los trastos á la cabeza, y sin derramar más sangre que la precisa cuando tuviéramos que sangrarnos ó nos aplicasen sanguijuelas, sin que nos odiáramos como enemigos, que no debe haber enemigos entre los hijos de una misma madre. Estos odios, estas enemistades, lo esterilizan todo.

Nosotros hemos sido, somos y seguiremos siendo siempre El CASCABEL, diciendo á todos cada verdad como un templo, cada claridad que cante el ministerio, á blancos y á negros, á militares y paisanos, porque todos son españoles; y verdades bien dichas, que hay buenos modos de decir hasta las verdades más amargas.

Y si hay un lápiz rojo que no nos deja sacar á plaza algunas verdades, tanto peor para su gobierno.

Porque si es verdad aquello que decíamos no hace muchos días, recordando á Campoamor, de que:

Todo es según el color del cristal con que se mira:

de aquí se deduce una gran verdad, de las muchas que está llamado á publicar El CASCABEL, y es:

Que como hasta aquí todos los periódicos han tenido un color para distinguirse de los demás, de ahí el que cada uno viese las cosas del color que le distinguía, salvo el eco imparcial de la opinión y de la prensa, cuyo color es abigarrado.

Pues bien: llegada es la hora de que despleguemos nuestra bandera, para que la vean aquellos que aun no han querido ver claro el color de El CASCABEL.

La bandera de El CASCABEL, es en primer lugar:

Amarilla y encarnada, los colores de la bandera española, expresión de nuestro amor á nuestra patria, á nuestras leyes, á nuestras instituciones, á nuestras costumbres, á nuestras tradiciones, expresión que se encierra en esta sola frase: «Españoles antes que todo.»

La bandera de El CASCABEL es verde, el color de la esperanza, porque no escribimos solamente con el mezquino y pobre objeto de llenar nuestro

diario para salir adelante, sino que al empezar nuestra obra, nos anima la esperanza de enfriar algo, ya que no matar del todo, esa maldita pasión política, que mata todo patriotismo, anima las ambiciones, y enciende el fuego, origen de continuas luchas y disensiones, que hacen derramar la sangre de hermanos; fuego que corroe las reputaciones y mancha la honra de ciudadanos, que por excesivamente crédulos en las vanas ofertas de los que están interesados en atraerlos á sus planes, exponen el bienestar de sus familias; esperamos, en fin, hacer algo en bien de las ideas de paz, de honradez y de trabajo, las tres fuentes origen de todo el bien que puede sobrevenir á los pueblos.

La bandera de El CASCABEL será azul, el color de los celos, porque nosotros entendemos el verdadero amor al pueblo, el verdadero patriotismo, en no ser exclusivistas de ningún sistema ni escuela: aplaudir lo bueno y afear lo malo, vengan de donde vengan. Y bajo este punto de vista, somos celosos del bien público, porque estamos persuadidos de que ninguno habla con más desinterés que nosotros, que nada esperamos de nadie.

La bandera de El CASCABEL es blanca, porque es bandera de paz y caridad, porque no está manchada por ningún antecedente que nos deshonre, y además, porque, como el color blanco, y según va ya dicho, absorbe en sí todos los colores, y puede ver todas las cuestiones por su color verdadero.

Y finalmente, la bandera de El CASCABEL será negra, cuando haya que llorar como ahora las tristes consecuencias de los extravíos políticos; y además, bajo el concepto de que siendo el negro la negación de todo color, y teniéndolos todos, no es de ninguno determinado, y por consiguiente, carece de color.

¿Están VV. al cabo de la bandera de El CASCABEL?

Pues aun diremos á VV. que no hay que temer de él un cuarto de conversión, porque nunca llevó la casaca de dos colores, para, cansado del uno, mudarla del otro lado.

El CASCABEL es muchacho de mucha vergüenza, según tiene atestiguado, y antes que caer en semejante acción, le saldrían á la cara todos los colores.

El CASCABEL ha desplegado ya su bandera; el que quiera que la siga, acójase á ella quien quiera, no imponemos á nadie nuestras ideas, ni menos tratamos de hacer jurar á nadie nuestra bandera.

Nosotros la tremolaremos siempre, caiga el que caiga, y siempre iremos con ella por el camino de la buena fé; si nos extraviamos, no será culpa nuestra, sino de vuestras escasas luces, pues como decía el que lo decía, nadie es perfecto en el mundo, y todo hombre está sujeto á error, por lo cual nadie tire piedras al tejado ajeno, y en tierra de ciegos el tuerto es rey, y del mal el

ménos, que cada cual ve la paja en el ojo ajeno, y más vale ser cabeza de raton que buitre volando, y hasta mañana si Dios quiere.

LA CAJA DE DULCES.

Era una caja muy bonita, una caja de dulces, con sus cintas de seda, sus broches, su espejo y todo lo acostumbrado en cajas de lujo. La compró en la Mahonesa un caballero elegante, con el pelo rizado y el bigote tieso, y los guantes estallando, y cuando la compró la abrió, metió entre los dulces yo no sé qué, y la volvió a cerrar, y se la entregó al confitero para que la atase con una cinta de color verde-esperanza, formando un lazo gracioso y coqueton en la parte superior de la caja.

El caballero fué con la caja a una casa, donde vivia una amiga suya, una viuda inconsolable, en cuanto puede estar inconsolable una viuda de veintidos años con seis mil duros de renta.

—Señora, dijo aquel, dignese V. aceptar este juguete.

—Mil gracias, Lopez: es preciosa caja....

—Hoy son los dias de V., y ha querido que tenga V. este pequeño recuerdo....

—V. siempre tan galante.

—Y V. siempre tan hermosa.

Y el hombre, despues de unas cuantas miraditas tiernas, que parecia que se iba a echar a llorar, se despidió de la viuda, que le volvia loco, en cuanto puede volverse loco un hombre que hace el amor a una viuda con seis mil duros de renta.

—Pues señor, exclamó la viuda cuando quedó sola, ya he recibido hoy cuarenta cajas.... Con dos ó tres tendrán dulces para unos dias Azor y Zulima; pero si les doy los de las cuarenta, van a reventar los pobres animalitos.

Y entró una señora con su niña, jóven de quince años, pálida y triste.

Hablaron, y, al despedirse, la viuda dió la caja a la niña.

—Niña, dijo al salir la mamá, ya sabes que te tienen prohibido los médicos que comas dulces.

—Bien, mamá, no los comeré; le daré la caja a doña Rosalia, que tiene dos niñas tan bonitas, y las pobres no tienen nunca dulces.

—Sí, hija mia, mucho te lo agradecerán.

Doña Rosalia recibió la caja de dulces; pero tenia que cumplir con el médico que habia asistido en una penosa enfermedad a una de las niñas, y le regaló la caja, con bastante sentimiento de las dos chiquitinas.

El médico era enemigo de esas porquarias, que así llamaba a los dulces, y no teniendo esposa ni madre, regaló la caja a su ama de gobierno, una buena mujer, que estaba todo el dia en la iglesia, la cual se la regaló al ama de un cura, que era su confesor y consejero.

La pobre ama del cura, que era cura de unas pobres monjas, de las que no perciben nada del Estado, guardó la caja, y el dia de la Purísima Concepcion se la dió al cura para que se rifara con motivo de la solemne novena que en el convento se hacia.

Pero no llegó a rifarse, porque una señora muy caritativa, protectora de aquellas pobres monjas, compró la caja, dando por ella quinientos reales.

Y se la llevó, con objeto de ponerla encima de la consola, y conservarla como recuerdo de una buena accion. Pero cuando fué a casa, se encontró con que estaba allí el señor Ceferino, un honrado labrador, su arrendatario de un cortijo de su propiedad, que venia a pagarle una cantidad.

—¡Hola! Ceferino, ¿cómo vamos?

—Muy bien, señora marquesa....

—¿Y la mujer?

—Con un genio de dos mil demonios, Dios me perdone.

—Llévelo V. con paciencia, hombre.

—Pues si no lo llevara con paciencia, señora marquesa, ya me hubiera llevado el enemigo.

—¿Y el chico?

—¿Quién? ¿Basilillo?... Ese es otro que tal... me tiene frita la sangre.

—¿Ha salido travieso?

—¿Qué! No, señora, ha salido tonto.

—¿Hombre!

—Sí, señora, está enamorado como un bruto.

—¿Calle VI ¿Y de quién? ¿De alguna mala mujer?

—¿Qué! No, señora, de Lucia, la hija del alguacil, que tambien es sacristan ogaño.

—¿Y qué hay en eso de malo?

—Nada, señora; pero como es tan bruto, no se atreve a decir una palabra a la chica, y en cuanto la ve, pongo por caso, venir por aqui, vaele la espalda, y se va por allí, como si la chica le fuera a comer.

—¿Pobre chico!

—Y se va quedando, mire V., señora, no es exageracion, como una espina, y con un color, que parece propiamente un desenterrado... Yo he hablado ya a la chica, y le he echado alguna indirecta, porque, figurése V., ¿qué no hará un padre por su hijo?... Pero es claro, la chica, si él no habla, cómo ha de ir a decirle: —Blas, me estoy muriendo por tí; ¿quieres casarte conmigo?

—Es claro.

—Le digo a V. que no sé qué hacer con el muchacho, y veo que si sigue así, al caer la hoja se me muere; y si el chico se muere, su madre se me vuelve loca, más de lo que está, y yo acabaré por tirarme de cabeza a la noria.

—¿Qué demonio de chico! Vaya, señor Ceferino, pues a ver si yo hago que hable a la chica.

—¿Cómo, señora marquesa?

—Tome V.; le va V. a llevar esta caja de dulces, y le dice V. que vaya a regalársela él mismo a la muchacha.... A ver si así....

—Muchas gracias, señora marquesa.... ¡Vaya un regalo bonito! Ya habrá costado mas de medio duro....

—Escribame V. lo que ocurra.

—Ella, la chica, eso sí, es muy buena muchacha.... sabe leer y todo, y si el chico se casara con ella, vamos, me parece a mí que habia de ponerse bueno.... Lo mismo me sucedió a mí; antes de casarme con Basilis estaba yo todo desmejorado, y despues.... y eso que mi parienta tiene un genio, que me rio yo.

Volvió al pueblo el buen Ceferino, con la caja en la alforja, envuelta en trapos y papeles, y llamó a su hijo.

—¿Qué quiere V., señor padre?

—Anda, bruto, que parece que vas a espirar.... Le he contado a la marquesa que estas tan enamorado....

—Ha hecho V. mal: a la marquesa no le importa eso.

—Y dice, como yo, que eres un animal.

—Pues yo no lo puedo remediar.

—Y me ha dado esta caja de dulces para que, como si fuera cosa que sale de tí, se la des a Lucia.

—¡Ay, qué bonita! ¿Qué tiene dentro? ¿Alfileres?

—Animal, ¿no te digo que son dulces?

—¿Y es para Luisa?

—Sí, para que tú se la lleves.

—¡Ay! yo nó; no me atrevo.

—Pues la marquesa lo ha dicho; y se la has de llevar, ó te sacudo un estacazo que te vuelvo loco. Anda, coge la caja, y a ver cómo vas.

Cogió la caja el chico, salió seguido de su padre, que desde el portal veia si iba camino de la casa del sacristan y alguacil.

El muchacho tomó el camino; pero al volver la esquina encontró al padre de Lucia, y le dijo:

—Tome V., señor Dimas; me ha dicho mi padre que le regale a su hija de V. esta caja.

—Bien, hombre; muchas gracias.

Por la noche fué el señor Dimas a casa del señor Ceferino, con la chaqueta nueva y la capa de etiqueta en el rigor del verano.

—Vengo, dijo el señor Dimas al señor Ceferino, a decirte que sí.

—¿Cómo que sí?

—Que tu hijo pide a la chica el sí, y yo se lo traigo.

—Yo no he pedido nada, dijo el chico más colorado que la cresta de un pavo.

—¿Cómo que nó?... Mira lo que habia dentro de la caja.

—¿Un papel!

—Un papel, que dice así:

«Si no responde V. a mi amor, muero... ¿Será V tan buena que me dé una esperanza?...»

Conque por eso vengo a decirte que sí, que yo soy gustoso en que se casen.

—Y yo.

—¿Y tú, bruto?

—¡Yo!... ya que padre se empeña.... ya que.... el papel.... por mí.... en fin....

Y se echó a llorar como un tonto.

Y vean VV. por dónde el amor de un caballero que compró la caja de dulces sirvió para casar a dos pobres chicos, que sin esta casualidad puede que no se hubieran dicho por ahí te pudras en toda su vida.

El elegante aun está esperando la respuesta.

UN SUEÑO.

No hay nada más disparatado que los sueños. Anoche me acosté yo, lo cual no tiene nada de particular, si se atiende a que hace muchos años que tengo la costumbre de acostarme todas las noches. Al poco rato de encontrarme entre las sábanas, me encontraba en brazos de Morfeo, como diria un aficionado a eso que dan en llamar lenguaje culto, ó durmiendo a pierna suelta, como digo yo, que creo que no hay nada mejor que decir las cosas por su nombre, sin andarse por las ramas, inventando rodeos y vaciedades.

Es el caso que no solo tenia suelta la pierna, sino que tambien la imaginacion hubo de irse por esos trigos de Dios, y me eché a soñar, ni más ni ménos.... a falta de otra mejor comparacion, diré que ni más ni ménos que todos los que sueñan, cuya figura no deja de ser bastante exacta, ya que no sea muy ingeniosa.

Es el caso que soñé que me encontraba en un puerto de mar, que no puedo decir cuál fuera, y que allí me embarcaba en un buque, no recuerdo si de vapor ó de vela, y que en él navegaba y navegaba, y perdía de vista a España, que tal la van poniendo los españoles, que pronto no estará mas que para perdida de vista, y llegaba, por fin, a yo no sé dónde, y saltaba en no sé qué tierra, y me encontraba rodeado de salvajes, que en nada se parecian a nosotros los hombres civilizados, y tanto no se parecian, que voy a referir a mis lectores algo de su vida y costumbres, para que vean con cuánta razon les llamo salvajes.

Por de pronto, andaban todos en cueros, más en cueros aun que Adan y Eva, porque segun me dijo uno de ellos, no habia en aquel país parras ni cosa semejante. Conque dejo a la consideracion de cualquier cristiano, si andarian en cueros aquellos señores.

El traje, pues, no era costoso, y los sastres no debian allí hacerse muy ricos que digamos, ni tampoco muy pobres, porque no los habia, y no habiendo sastres, casi creo inutil decir que no habia allí quien dijese una mentira, porque los pobres salvajes no habian tenido quien les enseñase a decir las.

Ya pueden comprender mis lectores en qué atraso tan lamentable debe encontrarse un pueblo, que por no aprender nada, aun no ha aprendido a mentir.

Tampoco se conocian allí las casas de juego, y esto si que prueba la ignorancia de aquellos pobres diablos; el que queria divertirse no tenia más remedio que ponerse a saltar ó a cazar moscas, y ni por un ojo de la cara se encontraba quien echase un entrés ó un elijan, ni ménos era posible dar en aquella condenada tierra con una taberna, que no las habia ni para remedio, con lo que al decir de aquellos estúpidos se remediaban algunos males, que dicen que aquí ocasionan esos establecimientos.

Prestamistas no pude encontrar ni uno, y eso que lo busqué por todas partes, porque como me habia ido sin dinero, queria ver si me prestaban cinco duros, aunque fuera pagando diez, ó como dicen algunos, firmando diez, que bien saben los que esto dicen que una cosa es firmar y otra muy diferente pagar. Allí no habia ningun prestamista, por la sencilla razon de que no habia dinero, y verdaderamente no hacia maldita la falta, porque la naturaleza proveia tan abundantemente a todas las necesidades, que no habia mas que alargar la mano para coger las más ricas frutas, y salir al monte ó a la orilla del mar para encontrar caza y pesca para saciar el apetito de diez maestros de escuela, ya que se ha convenido en que estos señores deben tener mucho, cuyo chiste, si es verdad lo que dice, no nos hace mucho favor que digamos a los hombres civilizados.

Por nada del mundo pude encontrar la cárcel, y cuando pregunté dónde estaba el presidio, me dijeron que no sabian lo que era, lo cual me hizo compadecer de todo corazón a aquellos infelices, que ni siquiera se hallan divididos en bandos políticos que les entretengan con sus intrigas y peloterías. Lo mismo entendian allí de moderados, progresistas, neos y demócratas, que yo de escarbar cabollinos; y cuando yo le dije a uno que no comprendia cómo se podian pasar sin esos entretenimientos, despues de hacerme que le explicara en qué consiste toda esa ensalada, me dijo el muy barba-ro, que lo que él no comprendia es cómo nosotros podiamos vivir con ella.

Ni por un ojo de la cara se encuentra allí un ministro ni un diputado, ni siquiera un mal periodista, con lo cual está dicho, que ni allí hay sistema de gobierno, ni teorías, ni prácticas, ni cosa que lo valga; cada cual gobierna su casa como le dan a entender sus cortes al cances, y es tal la brutalidad de aquellas gentes, que dicen que están muy contentos sin pagar contribucion, ni entrar en quinta, ni ser electores, ni concejales, ni alguaciles, como si todas estas cosas no fueran el colmo de la felicidad humana.

Pero lo que acabó de convencerme de que me encontraba en un pueblo enteramente salvaje, fué el saber que no habia pleitos, y por consiguiente, no se conocian allí los abogados. Nada, cuando alguno tenia de otro una queja cualquiera, en lugar de irse a casa de un letrado que escribiese una luminosa disertacion de quinientas ó seiscientas fojas, en papel sellado, se presentaba ante una especie de tribunal de ancianos, que despues de oír a las dos partes, fallaban lo que creian justo, y asunto concluido. Y si por acaso, lo cual rara vez sucedia, el sentenciado dejaba de cumplir la sentencia, se juntaban media docena de mozos y le arrimaban una paliza que lo ponian como nuevo, y para V. de contar.

Alguna vez que otra habia sucedido que los que se creian perjudicados por alguna disposicion del tribunal susodicho, se habian atrevido a desobedecerle, y por no someterse a la policia que le querian propinar los defensores de la ley, habianse concertado con sus amigos, y trataron de derribar al Gobierno, en cuyo caso se emprendia a estacazos una discusion tan razonada, como cualquiera de las que a tiros emprendemos continuamente los civilizados; y entónces, aquellos bárbaros tenian el honor de parecerse a nosotros en que el que pegaba más fuerte, se quedaba con la razon y con el mando, y el más débil con algun hueso roto, amen de otros desperfectos.

Mas debo confesar que, segun me dijeron, solo una vez tuvo allí lugar un acontecimiento semejante y aun decian que la causa de todo habia sido un español que naufragó en aquellas costas, y vivió en el país unos cuantos meses.

Todas estas cosas me tenian disgustado, y creyendo, por efecto del sueño, que me hallaba condenado a vivir perpétuamente en aquel país, estaba ya por darme a todos los diablos, cuando me ocurrió que aun podia encontrar allí un entretenimiento que distrajera mis penas.

Pregunté que cuándo habia corridas de toros, y me

repusieron que, aunque esta sea una diversion bárbara, entre los salvajes los toros no corren mas que cuando les da la gana, y eso por el campo, y sin que nadie los hostigue, y que ellos estimaban en mucho más un buey que are la tierra, y una vaca que de buena leche y crias lozanas y abundantes, que todos los corripedos que en España han hecho la celebridad y la fortuna de Cúchares y Cayetano.

Al oír esto no pude contener mi cólera, y di tan violenta sacudida, que desperté de pronto, y me encontré tranquilamente en mi cama, y la voz del sereno, que cantaba las tres en aquel momento, me convenció de que estaba en Madrid, pueblo dichoso de los gaitos y las tabernas, donde abundan los perdidos y los hallados, y pululan las busconas, y se multiplican los vagos, y no escasean los periódicos, y donde en en cuentran, en fin, en agradable confusion lo bueno y lo malo, lo ridículo y lo sublime, lo heróico y lo abyecto, formando el más divertido y singular contraste que pudiera apetecer el aficionado á los contrastes.

DESTIERRO DE LA IGNORANCIA.

RECENTEMENTE COMPUESTO, Y SACADO Á LUZ EN LENGUA

ITALIANA.

POR HORACIO RIMALDO BOLOÑES.

Y ahora traducido de lengua italiana en castellana.

D.

(Continuacion.)

Dadiva sin daño. Cuatro cosas da el hombre sin privarse de ellas: la ciencia, cuando la enseña, la lumbré en llama, cuando la da, la cortesia, cuando la hace, y la ceremonia ó cumplimento de palabras, cuando la usa.

Descubrir. Cuatro cosas, divulgándolas, dañan: el pecado cometido, la hacienda de quien hombre la adquiera, la necesidad propia, y las riquezas en poder del tirano.

Dios. Cuatro cosas son muy apacibles á Dios en cualquier acto y obra que se le ofrece ó pide: discrecion, devocion, sumision y contricion.

Cuatro cosas agradan á Dios y á los hombras: la concordia entre los hermanos, el amor del prójimo, consentimiento del matrimonio, y la penitencia y enmienda del pecador.

E.

Elemento. Cuatro son los elementos, de los cuales se componen todas las cosas del mundo: tierra, agua, aire y fuego.

Cuatro son los elementos, de los cuales se engendran todos los males del mundo: envidia, avaricia, soberbia y ambicion.

Entendimiento. Cuatro cosas entorpecen el entendimiento más que otras algunas: el deleite carnal, la adversidad grande, la opresion por temor, y la prosperidad sobrada.

Excelencia de hombres. Cuatro hombres ha habido excelentisimos en cuatro diversas naciones: Judas Macabeo, en Judea, Cárlo Magno, en la cristiandad, el Saladino entre los moros, y Cesar Agustino entre los gentiles.

Cuatro suertes de hombres son conocidos por excelencia: Salomon, cuando es llamado el sabio, Aristoteles cuando es llamado el filósofo, Virgilio cuando es llamado el poeta, y San Pablo cuando es llamado el Apóstol: el primero nos amonesta con la sabiduria, el segundo con la filosofía, el tercero escribe con el sublime y levanta el estilo, y el cuarto nos amonesta con la perfecta y viva fé.

Estudiante. Cuatro cosas principalmente conviene que haga un buen estudiante: reverenciar á su maestro, estar con mucha atencion cuando le oye, repetir muchas veces lo que ha oido, y consultar con los más doctos las cosas que duda.

Cuatro cosas son las que en breve tiempo suben á un estudiante y lo ponen en la cumbre de la ciencia: oír con mucha atencion y percibir muy bien las cosas que le leen, repararlas con particular estudio, enseñarlas á otro, y escribir para sacar en público.

Evitar. Cuatro cosas se hallan que conviene las más veces evitarlas, y son: dar crédito á cualquiera, afligirse sin saber por qué, fatigarse por lo pasado, y desear lo que no se puede haber.

Esclavo. Cuatro cosas hacen al hombre esclavo, sin perder la libertad: la dulzura del hablar, el deseo de ganar, el aceptar presentes, y el poco entendimiento.

Envidia. Cuatro cosas nacen de la envidia: la pesadumbre que por ello se recibe, la perdicion del que la tiene, la division de la gente, y la ruina de la ciudad.

O verdaderamente: La vida adligida, la desventura, la presuncion de si mismo, y la pobreza.

Cuatro cosas engendran la envidia: el deseo de la honra, el deseo de la ganancia, la felicidad de los otros, y el aborrecer al vecino.

Cuatro cosas destierran la envidia: la privacion del poderio, la venida de la pobreza, el daño de los sentidos y la falta de virtudes.

Enfermo. Cuatro cosas deba hacer el enfermo: obedecer al médico, gastar liberalmente en lo necesario tener confianza con el médico, y consolarle estando en quietud y reposo.

Encubrir. Cuatro cosas no se pueden encubrir: la tos, el amor, la ira y el dolor, y demás de las dichas, las buenas y malas señales.

Enemistad. Cuatro cosas principalmente engendran enemistad: el hablar deshonesto, la lujuria, la avaricia y el escarnio.

Otras cuatro cosas son, de las cuales (haciendo beneficio con ellas) nace enemistad: el prestar dineros, y pedirlos despues, salir fiador y requerir que pague el principal, tener costumbre de dar algo en algun termino señalado, y dejarlo de dar, servir á uno y no poder sacar de él algun servicio.

Engaño. Cuatro cosas engañan al hombre: el deseo de la ganancia, la dulzura de las palabras, el poco entendimiento y la muér.

Esperanza. Cuatro cosas nacen de la esperanza: La alegría del cuerpo, la salud del alma, el auvio de los trabajos y la larga vida.

Estado. Con cuatro cosas puede el hombre llegar á

buen estado: Haciendo bien, diciendo la verdad, tratando con amor, y no pensando en cosas viles ni rateras.

Felicidad. Cuatro suertes de hombres son dichosos en diversa manera: el que con eficacia tiene cuenta con el servicio de Dios, el que abiertamente, y de raíz, alcanza las causas de las cosas, el que puede defenderse de los encuentros del mundo, y el que se hace cauto con males ajenos.

Cuatro felicidades se convierten muchas veces en infelicidades, y son: los muchos hijos, las muchas riquezas, el señorear á su patria, y el tener muchos amigos.

Fé. Cuatro cosas nacen de la fé: la certidumbre de las cosas, la bondad de la vida, el mantenimiento del alma y el culto divino.

Fastidio. Cuatro cosas hay que dan gran fastidio: la lluvia cayendo de dia, el mucho hablar, el viento en el invierno, y la adiccion acompañada del trabajo.

Facundia. Cuatro cosas hacen al hombre facundo en el hablar: la osadia, el entendimiento, el deleite y el uso.

Gula. Cuatro cosas destierran el vicio de la gula: el cuidado de la ganancia, el combatir con la hambre, el cansancio del cuerpo, y el deseo de los dineros.

Cuatro cosas hacen al hombre goloso: el estar avezado á andar por bodegones, el imitar los golosos, las muchas rentas, y el reposo continuo.

Ganancia. Cuatro suertes de hombres hay, que dicen ganar más de lo que ganan: el truhan, el abogado, el asesor y el médico.

Cuatro suertes de hombres hay, que dicen ganar menos de lo que ganan: el regidor de su regimiento, labrador de su labranza, el mercader de su mercaderia, y el jugador de lo que gana en el juego.

De cuatro cosas saca el que las hace muy poca ganancia: de llevar huevos en saco, de esconderse el fuego en el seno, de dar la teta á la culebra, y de hacer bien á bellacos.

Guerra. Por cuatro cosas se permite hacer guerra con razon: por la fé, por la justicia, por mantener la paz, y por estar en libertad.

Cuatro cosas son las que incitan al hombre á hacer guerra: la abundancia de tesoros, la ambicion y deseo de reinar, el deseo de vengarse, y el aparato de las cosas necesarias para el ejército.

Cuatro cosas destierran la guerra: el haber alcanzado la venganza, la falta de mantenimiento, el poco dinero, y el fastidio de pelear.

Cuatro efectos muy dañosos hace la guerra: despuebla la ciudad, trae la falta de los mantenimientos, incita las gentes á que se vayan, y acarrea la carnestia.

Gobierno. Cuatro cosas echan á perder al que tiene algun gobierno: el amor, el odio, el temor y la ganancia.

Gusto. Cuatro cosas dan mucho contento al gusto: el sabor dulce, lo medianamente ágrío, lo fuerte conveniente y lo que se come con apetito.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO V.

Habian trascurrido tres meses. Ya el florido Mayo no vestia la árida naturaleza de hojas y de flores, y a excepcion de los viñedos que cubrian las laderas, la vegetacion habia desaparecido por completo.

Madrid carecia casi totalmente de animacion; las familias de tono, y todas querian serlo, habian abandonado, como las golondrinas, la capital, para ir en busca de un ambiente más fresco, de un suelo menos calcinado, en donde hubiese sombra, pájaro, y flores.

Los inquilinos de la casita de la calle de San Vicente, gozaban de un tranquilo bienestar. Ninguna innovacion se habia hecho en su ajuar, solo que en vez de una maceta de flores habia muchas, y Virginia excitaba la admiracion de su hermano menor, ostentando una bata de chaconada, hecha de moda, y una mantelita de encajes.

Por lo demás, no habian hecho más que pasar de la miseria á una estrecha mediania. ¡Seis mil reales en Madrid son tan poco para una familia dilatada! Luego, el mejor de condicion trae consigo muchas precisiones. Claudio, para alternar con sus nuevos compañeros, tenia que vestir con más lujo, y algunas veces concurrir con ellos al café ó al teatro. Esto lo hacia el modesto jóven, las ménos veces posibles; pero al fin tenia que hacerlo alguna vez.

Por lo demás, su novela se habia cerrado al primer capítulo.

Trabajaba solo en su escritorio, subia á la hora preñada á dar su leccion á Geneveva, pero ésta siempre se hallaba acompañada del aya y de Eugenio. Concluida la leccion, se marchaba otra vez al escritorio, y ya no la velvia á ver hasta la mañana siguiente.

A pesar de esto, Geneveva se mostraba con él siempre amable y bondadosa. Ya le regalaba un ramillete de flores para su hermana, ya algunos juguetes para

Nicolás, y las primeras frutas que aparecian en el jardin, para su abuela.

Un dia le dijo que se interesaba por un jóven desgraciado, pintor de mucho mérito, el cual daria lecciones por muy poco precio, y le rogó que le tomase para maestro de su hermano.

Nicolás, pues, mediante un cierto sacrificio, pudo ver satisfecho el anhelo de su vida, y aunque Claudio comprendió el piadoso subterfugio de Geneveva, esta habia conducido el negocio con tal delicadeza, que su amor propio no tuvo lugar de resentirse.

En cuanto á Eugenio, con la ligereza propia de su carácter, parecia haberle olvidado. Iba muy rara vez á su casa, y muy rara vez lo invitaba á que participase de sus placeres; y á la verdad no era extraño, porque se hallaba sin cesar asediado de amigos y aduladores.

La persona que más parecia ocuparse del oscuro jóven era la señora. Claudio la veia todos los dias con sorpresa bajar á su escritorio y pedirle consejos sobre sus especulaciones mercantiles. Cándida iba siempre vestida con sumo lujo, y prolongaba sus coloquios el mayor tiempo posible, acompañando sus palabras de contorsiones, que querian parecer coquetenas. Claudio no reparaba en nada, y se sorprendia de nuevo cada vez que veia entreabrirse la puerta y aparecer la vieja solterona.

En la casa de su principal no le habian vuelto á convidar á ninguna de sus fiestas, ni él lo habia solicitado. A veces, cuando se quedaba trabajando hasta hora muy avanzada de la noche, veia entrar en el patio los lujosos carruajes de los convidados, veia al través de los cristales de su ventana penetrar el resplandor de las bagias, y oia los acordes de la música del baile. Entonces dejaba el trabajo, cruzaba sobre la mesa sus manos y apoyaba en ella la frente. Otras veces se asomaba á la ventana y seguia con la vista las movibles sombras que se dibujaban en la pared. Y así permanecia horas y horas, hasta que advertia con sobresalto que era muy tarde y que su familia estaria inquieta. ¿En qué pensaba durante sus largas meditaciones? Ni aun el mismo lo sabia. Una sola noche habia asistido á lo que el mundo llama una brillante fiesta, y habia vuelto á su casa con el alma destrozada. ¿Deseaba, con el ardor propio de la juventud, volver á mezclarse entre aquellas parejas alegres y turbulentas? No; sus gustos eran apacibles, sencillos los placeres que anhelaba su fantasia; pero entre las tnieblas de aquella noche, durante la cual sufrió tan penosos emociones, surgia una figura radiante y luminosa, una noble y altiva mujer, que le habia ofrecido el apoyo de su brazo cuando todos le despreciaban. Y aquella mujer era hacia mucho tiem-

po el ángel que velaba su sueño, la dulce compañera que presidia á sus trabajos, la bienhechora estrella que iluminaba su vida.

¿Era amor lo que sentia por ella? Esta idea ni aun habia cruzado jamás por la imaginacion de Claudio. Aunque no hubiese sido la prometida esposa de su amigo, ¿cómo era posible que Geneveva, bella, rica, adulara, fijase sus miradas en el pobre y oscuro jóven? Esta hubiera sido un sueño muy atrevido, y Claudio era por demás modesto y delicado. ¿Qué sentia, pues, por ella? ¿Una adoracion igual á la que el hombre siente por su Creador? ¿Qué esperaba? ¡Nada! Lo que espera la humilde flor del sol naciente cuando iergue su tallo y cimbreaba ufana su ramaje, al divisar el primero de sus rayos.

Es que Claudio, con sus treinta años, era cándido, amante y sensible como un niño. Su alma era tan pura como los copos de nieve que flotan en el ambiente antes de tocar al suelo; su corazon tan ardiente como el cráter de un volcan, solo que el volcan estaba cubierto de flores, y nadie acertaba á adivinar su existencia.

Todo en él era sentimiento; tenia toda la delicadeza de una mujer, toda la virginidad de alma de un adolescente. Habia cruzado el mundo con los ojos cerrados: juzgaba de todos por su propio corazon. Regia su conducta por los santos consejos de su madre, sentia el alma llena de caridad, amor y benevolencia, y la derramaba á raudales sobre cuantos le rodeaban.

Hubiera querido ser útil á todo el mundo, hubiera querido enjugar todas las lágrimas; era para él una verdadera felicidad sacrificar algun placer para que lo recibiesen los otros. No pensaba que pudiesen existir los ingratos, acaso no le importaba, porque obrando así se servia á si mismo.

Su madre recordaba siempre con orgullo que, cuando era niño, repartia todas las tardes su merienda entre los pobres niños de la calle, y que cuando fué descubierta, cuando tuvo que confesarlo, bajó los ojos, y sus mejillas se tiñeron de rubor. Tambien contaba que en el colegio siempre era el intercesor de sus discólos compañeros, y que más de una vez se habia acusado por salvarlos.

Las acciones del niño indican las del hombre: Claudio á los treinta años, tenia la misma abnegacion, la misma sensibilidad, abrigaba la misma candida confianza que en sus primeros años. Nada habia podido aprender del mundo, porque hasta entonces para él el mundo se hallaba cifrado en su familia, y en su familia solo se conocian los sentimientos puros y sublimes.

Se continuará.)

H.

Humor. Cuatro son los humores más principales del cuerpo: sangre, cólera, flegma y melancolía.

Hombre. Cuatro cosas son las que ilustran al hombre, más que las otras: hermosura de cuerpo, sabiduría del alma, la buena fama y la facundia en el hablar.

Cuatro son las cosas que ayudan más principalmente a enriquecer mucho al hombre: la curiosidad en el adquirir, la escasez en el gastar, la paciencia en el sufrir las injurias y la abstinenca en las cosas que ofenden.

Cuatro cosas son importantísimas al hombre en este siglo: el conocerse á sí mismo, el disimular, la familia, y el no dejar los asuntos en manos de mujeres.

Cuatro son las cosas que dan grandísima pesadumbre al hombre: la muerte de los hijos, la pérdida de la Hacienda, el mejoramiento de sus enemigos, y la opresión de sus amigos.

(Se continuará.)

DIÁLOGOS ENTRETENIDOS.

(COMENTARIOS.)

EL POETA.—¡Yo, querido lector, la idolatrabal...

EL LECTOR.—(Me tiene sin cuidado.)

—¡La querial...

—(Pues mira, se lo cuentas á tu tía y quedarás servido...)

—¡Yo la amaba!

(¿Otra vez? pues señor, me va cargando.)

—Lo supo y me lanzó con torvo gesto una mirada atroz.

—(¡Qué atroz es esto!)

—Mi corazón, con ella, destrozando.

—(Trasposición se llama esta figura.)

—Desde entonces mi vida es un tormento.

(¡Canario, hombre, lo siento!)

—Me reviento

y me muero de amor.

—(¡Cuánta ternura!)

—Su amor es el Eden.

—(Esto está bien.)

—Su pecho, pedernal.

—(Esto está mal.)

—Quisiera devorarla...

—(¡Qué animal!)

—Para morir con ella.

—(Retebien.)

—¡Vivir solo con ella fué mi anhelo...

—(¡Ah picaron, de buena se ha librado!...)

—¡Necio me he vuelto!

—(Al fin lo has confesado.)

—¡No canto más!...

—(¡Que ganga... y qué buñuelo!)

RICARDO SEPÚLVEDA.

CASCABELES.

Los pantalones están siendo objeto de las más altas y trascendentales elucubraciones de la ciencia de los sastres.

En un periódico, órgano de la *Proto-sastrería*, se están dando croquis detallados de aquella prenda, analizando y explicando sus proporciones por medio de ecuaciones algebraicas.

He aquí algunos párrafos de esa teoría trascendental de los pantalones, que reproducimos anotándolos, — los párrafos, no los pantalones, — para que mejor se comprenda su importancia.

«Mídase en este arco, y á partir desde L la tercera parte del espacio DA, para señalar el punto S, ó lo que es lo mismo: Medir desde L á S la tercera parte de posaderas (1): de modo que si las posaderas valen 24 (2), se medirán desde LSS, porque la tercera parte de 24 son 8 (3), y por consiguiente, si las posaderas valen 24 (4) se medirán desde L á S solo 7, porque la tercera parte de 24 son 7.» (5)

Y despues, el referido periódico añade en otro párrafo.

«Aquí tiene lugar en toda su extension aquello de *Parum pro nihilo reputatur.*»

Siguiendo este sistema, pronto se cortarán los pantalones en latín; se los pondrán las gentes en hebreo, y deberán ser pagados en inglés.

En un periódico de esta córte se ha publicado en idioma francés un anuncio, que traducido dice así:

«Un joven. Mr... de familia y educacion distinguida, y de una buena posicion, desea casarse en España con una persona que reúna las mismas condiciones so-

(1) No nos parece mal esto de las posaderas, medidas por terceras partes. Hoy nada se oculta á las ciencias, que en todo se meten y todo lo entienden.

(2) Ni por ciento oro yo que las enajenaria su dueño.

(3) ¿Qué me cuenta V? ¿Conque la tercera parte de 24 son 8? Palabra de honor que no habia caído en ello.

(4) Pero... ¿por la Virgen Santa! ¿Hasta cuándo va V. á estar sacando á pública subasta las posaderas?

(5) Pues claro; eso mismo he estado yo diciendo siempre, que 3 por 7 son 21, así como la tercera parte de 50 deben de ser 16, y la cuarta parte de cuatro posaderas, una posadera hecha y derecha, y monda y lironda, como dicea en mi tierra.

ciales. Dirigirse á doña Francisca Oejo, lista, Madrid» —

Este suceso nos ha hecho recordar el cuento siguiente:

Llegó un inglés á un pueblo de Andalucía, y no sabemos por qué circunstancia (pues no lo cuenta la crónica) trabó amistad con un gitano, gran conocedor del país y las costumbres, y *tuerto de un ojo* por más señas.

El inglés en su aislamiento sintió necesidad de tener algunas expansiones y algun trato con las gentes, y se dio á buscar quien le hiciera la tertulia por las noches. *tertulia* que queria se compusiese solo de muchachas buenas *bailaoras* al estilo de la tierra, entre las que pudiera llegar á elegir esposa.

No encontrando el elemento social por que en vano se afanaba, hubo de recurrir á su amigo el *tuerto*, quien le aseguró que era cosa muy fácil de conseguir con tal que hiciese un pequeño desembolso para obsequiar á la *femenina* concurrencia, que acudiria indudablemente á sus salones (el inglés habitaba en una posada) si en ellos se les ofrecia un *té dansant* ó alguna otra cosa así por el estilo.

Convenidos entre sí, hubieron de entablar el diálogo siguiente:

El Gitano.—Miste, Mislón, ¿medio duro por barba tienes aquí cá tertuliana que te cantará en la mano.

El Inglés.—*Godden per la mano, pero yo querer cosa de mocho mas dinero.*

El Gitano.—Por los treinta riales cuenta con una congregacion de *bailaoras* poco ménos que marquesas.

El Inglés.—Ser poco, ser poco un durro y medio.

El Gitano.—Pos vaya media onza y van á venirjasta las *Ondaliscas der Surtan.*

El Inglés.—¡Oh! yo querer dar de orro hasta catorce ó quince onzas.

Quedó el gitano contemplándole estupefacto, y le preguntó de pronto.

—Oyes, Mislón, ¿te gusta á tí ver bailar á los *tuertos*?...

Charadita de ayer.

Tu charadita de ayer acerté sin gran trabajo, y juzgo que debo ser yo, que soy un *espantajo*.

Una jovencita del año 1788.

En el número del viernes continuará la *Galería de Matrimonios*, que alternará con *Los Enamorados* y otros artículos de costumbres, originales del Director de este periódico.

Geroglífico de ayer.

Los suscritores deben renovar su abono, para tener los regalos. ¡¡Ojoll!

Pensando detenidamente en lo que son ciertos politiquillos de hoy dia, se nos viene á la memoria un cuento, que enjaretamos á continuacion, por hallar bastante analogia entre ellos y las *sardinias del tio Nicolás*. Allá vá:

En una venta, que segun recuerdo, no debe estar muy lejos de Sevilla, buscado que cenar entré una noche rendido de cansancio y de fatiga. Era el ventero Nicolás el Chato, y apenas supo lo que yo queria, — «Tengo, me dice con calmoso acento, unas sardinias... ¡pero qué sardinias!» — «Pues vengan, le repuse, si son buenas.» — «¿Cómo buenas, señor? Son exquisitas.» — Y extendiendo en la mesa un mantel viejo, media docena presentó á mi vista. Pronto un tufo fatal hiere mi olfato, y apartando el manjar á toda prisa: — «¡Buenas son las sardinias! le interrumpo. — «¡Buenas, son, Nicolás, por vida mia!...» — Y cogiendo una de ellas por la cola, y malicioso oliéndola en seguida: — «Las sardinias, me dice, son *mu buenas*, no tienen más sino que están *podrias*.»

Hemos visto con gran satisfaccion el *Cuadro sinoptico de los trabajos ejecutados desde 1857 á 1865 para el establecimiento del correo diario en las poblaciones de Ayuntamiento*. Este trabajo honra extraordinariamente á su autor, el señor coronel geógrafo de la direccion de Correos, don Francisco Lopez Fabra, que ha sabido ejecutarlo con una minuciosidad y un acierto que no pueden ménos de merecer los más sinceros elogios de las personas inteligentes.

Y si el trabajo que nos ocupa nos ha satisfecho completamente, en cuanto á su desempeño material y científico, más aun nos ha complacido por las mejoras que pone de manifiesto. Segun de él resulta, en 1857 solo tenian correo diario 613 ayuntamientos; en 1.º de Enero de 1866, lo tenian 7864: el valor de los sellos de franqueo expendidos en 1857, fué de 17.707,026 reales, y en el año próximo pasado ha ascendido á 38.200,499 reales; los impresos y periódicos satisficieron en el primero de dichos años, por franqueo y timbre, 1.143,488 reales, y en 1865 han satisficido, por los mismos conceptos, 2.218,100 reales. Por último, y este importantísimo dato es por demás digno de tenerse en cuenta, mientras en 1857 el correo costó al Estado 2.434,852 reales, en 1865 ha producido un sobrante, que importa 5.534,089 reales.

Tan satisfactorio resultado se debe muy principalmente á la inteligente iniciativa del difunto señor don Luis Manresa, que fué el director de Correos que inició la reforma que nos ocupa, cuyas huellas han seguido con tanta inteligencia como perseverancia los que le han sucedido en aquel puesto.

Todavía queda algo que hacer en tan importante ramo, y nosotros no dejaremos de excitar un dia y otro el celo de las personas que se hallan al frente de este departamento, para que prosigan sin descanso por la senda del progreso comenzado.

Una señora casada, á quien su marido trataba con desvío, ya por efecto de su carácter adusto, ó ya tambien á causa de que cierta enfermedad que el mismo padecia, lo tenia siempre de un humor endemoniado, deseaba que llegase la temporada de los baños, para que, marchándose á ellos su consorte, como siempre lo verificaba, la dejase vivir tranquilamente algunos dias.

Deseaba tambien esta señora que su marido se aliviase de su dolencia por completo, á cuyo fin dirigió sus oraciones á San Cándido, de quien era muy devota, rogándole que la marcha se verificase pronto, y el apetecido alivio no tardase.

Marchó el marido en efecto, y tan *radicalmente* se curó, que ya nunca jamás volvió á molestarle su dolencia. Quedó muerto en el segundo baño que se dió.

Así que lo supo su mujer, se encaminó á la Iglesia y dirigió á su patron esta plegaria:

¡Oh! ¡Santo mio, cómo reconozco tu poder! ¡Siempre otorgas más de lo que te se pide!

Un caballero particular, del régimen antiguo, tenia la costumbre, á fin de realizar economias, de que nunca los sastres le confeccionasen sus prendas de vestir.

Compraba por sí mismo las telas ó géneros que necesitaba, y una antigua costurera se encargaba de cortar y confeccionar los trajes.

Observaba nuestro hombre que cuando la costurera le devolvía los sobrantes de los cortes, eran aquellos tan mezquinos, que manifestamente la acusaban de haber sisado alguna tela.

Despidióla por esta sospecha, y tomó otra, y le aconteció con esta nueva que no le devolvía absolutamente nada, cuando por lo menos debiera haber devuelto, si no más, lo mismo que sa antecesora.

Interrogada sobre ello, respondió:

—Señor, eso consiste en que un hijo que yo tengo es algo mayorcito que el hijo de la que antes le hacia á V. las prendas.

Hemos visto con placer las obras de la gran fábrica de papel que se está construyendo en la estacion de Villalba, ferro-carril del Norte, una hora de Madrid, junto al rio de Guadarrama. Ya ostentan los arcos que constituyen su primer cuerpo, todo de riquísima cantería, cuyos trabajos siguen sin interrupcion ocupando muchos jornaleros, á pesar de las circunstancias por que hemos atravesado. Estas empresas industriales son las que aseguran los capitales y rinden crecidas ganancias, estas son las que han de derramar el bien en España. Aconsejamos que vayan á ver las obras, y estamos satisfechos de que los hombres que conozcan sus intereses, se asociarán á esta industria tan rica, tan garantida, y que tantos beneficios presta. Sus oficinas, calle del Amor de Dios, 11, segundo.

ANUNCIOS.

Realizacion de los géneros existentes en el comercio del Reloj, plazuela de Santo Domingo, número 18: 1,000 piezas de lanas de todas clases, en negro y colores, propias para viajes y paseo, desde real 1/2 á 14. — Madapolam, clase superior, á 2 1/2 y 3 rs. — Linos á 2 reales, y percalina á real 1/2. — Pañuelos de barech, desde 12 á 30 rs.

Existen infinidad de géneros, que es difícil enumerar, en todos los que se ha hecho una gran rebaja.

NOTA. Se advierte que dicho establecimiento es el inmediato al portal de la misma casa, núm. 18. — P

Aguas y baños de Panticosa. — Próxima á la apertura de la temporada en dicho establecimiento, se recuerda á cuantas personas vayan á aquellas aguas, la fonda que, dirigida por doña Sebastiana Perez, existe en la casa antigua de aquel punto, en donde de las personas que gusten favorecerla, encontrarán el esmerado y buen trato que hace años tiene acreditado, tanto en comidas, como en asistencia de diligentes y atentos camareros. Advirtiéndose se han ejecutado grandes y costosas mejoras para que los concurrentes queden completamente satisfechos en su estancia, siendo los precios tan equitativos como anteriormente. 1

5,000 libras de salchichon, legítimo de Vich, en comision, á 10 1/2 rs. libra, y llevando seis libras á 10 rs. Sopa de yerbas á 28 cuartos, libra. Unico despacho. Leon, 34, lonja. 1

En la calle de Bordadores, núm. 3, se ha establecido una bollería al estilo de Madrid, donde, además de hallarse exquisitos bollos de todas clases para el chocolate, se elaboran por el acreditado Nieto de Sevilla las celebradas tortas de Moron y polvoron y de aceite, que tanta fama han adquirido. 2

AL PÚBLICO.

La gran fábrica de abanicos y paraguas de don Manuel Carrillo y compañía, se ha trasladado, por derribo de la casa que ocupaba en la calle del Carmen, número 15, á la de la Salud, núm. 3, en la que se expenden todos los géneros á precio de fabrica, con el objeto de realizar. 14.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.